

COOPERAR CON EL MINISTERIO CELESTIAL DEL CRISTO ASCENDIDO

(Sábado: segunda sesión de la mañana)

Mensaje cinco

La revelación, experiencia y disfrute que tenemos del Cristo ascendido como misericordioso, fiel y gran Sumo Sacerdote

Lectura bíblica: Gn. 14:18-20; He. 2:17; 4:14-15; 5:6, 10; 6:20; 7:1, 27; 8:1-2

I. El significado básico de un sacerdote en la Biblia no es que un sacerdote sirva a Dios, sino que un sacerdote ministra Dios al hombre:

- A. La primera mención de un sacerdote en las Escrituras establece el principio de un sacerdote.
- B. La primera vez que se utiliza la palabra *sacerdote* en la Biblia es con respecto a Melquisedec—Gn. 14:18-20:
 - 1. La historia fundamental del sacerdocio según se ve en la Biblia es la de un sacerdote que viene de parte de Dios y ministra algo de Dios al pueblo de Dios:
 - a. Melquisedec, que tipifica a Cristo como Sumo Sacerdote real, apareció después que Abraham obtuvo la victoria; debe de haber sido a causa de tal intercesión que Abraham pudo aniquilar a los cuatro reyes, recobrar a Lot y obtener la victoria—vs. 1-3, 12-20; He. 7:1-3.
 - b. Hoy en día Cristo, nuestro Sumo Sacerdote, intercede por nosotros de manera escondida (Ro. 8:34; He. 7:25) para que seamos Sus vencedores y derrotemos a los enemigos de Dios, de tal modo que mediante nuestra victoria Cristo pueda manifestarse visiblemente en Su segunda venida.
 - c. Melquisedec vino de parte de Dios y ministró algo de Dios a Abraham; el pan y el vino representan a Dios que es ministrado a nosotros a fin de nutrirnos, refrescarnos, sustentarnos, consolarnos y fortalecernos—Gn. 14:18.
 - 2. En Su ministerio celestial, Cristo fue designado Sumo Sacerdote según el orden de Melquisedec (He. 5:6, 10), no para ofrecer sacrificios por el pecado como lo hizo Aarón, sino para ministrarnos al Dios que pasó por el proceso de la encarnación, el vivir humano, la crucifixión y la resurrección, representado por el pan y el vino (Mt. 26:26-28).
 - 3. El punto principal en lo que respecta a Cristo como Sumo Sacerdote es que Él ministra Dios a nuestro ser—He. 8:2.

II. Hebreos es un libro acerca del sacerdocio en sus tres aspectos—2:17; 5:6; 7:16, 25:

- A. El primer aspecto —el aspecto que corresponde al sacerdocio aarónico— tiene por finalidad ofrecer sacrificios a Dios por nuestros pecados—10:12:
 - 1. El sacerdocio aarónico soluciona el problema del pecado—7:27; 9:12, 28.
 - 2. Cristo quitó de en medio el pecado al ofrecerse a Sí mismo a Dios como el único sacrificio por los pecados—v. 26; 10:10-12.

3. El sacerdocio aarónico no era parte de la intención inicial de Dios, sino que fue añadido más adelante por causa del problema del pecado—1:3; Jn. 1:29; Ro. 8:3.
- B. El segundo aspecto —el aspecto que corresponde al real sacerdocio— tiene por finalidad ministrar Dios a nosotros—He. 5:10; 7:1-2:
 1. Cristo, como Sumo Sacerdote según el orden de Melquisedec, es el Rey de justicia y el Rey de paz—Is. 32:17; 9:6.
 2. La purificación que Cristo hace de los pecados es tipificada por la obra de Aarón, mientras que el hecho de que Él esté sentado a la diestra de la Majestad en las alturas corresponde al orden de Melquisedec—Sal. 110:1, 4; He. 1:3; 8:1.
 3. Cristo, como Sumo Sacerdote real, nos ministra todo lo que necesitamos, al impartir al Dios Triuno procesado y consumado en nuestro ser como nuestro suministro a fin de cumplir el propósito eterno de Dios.
- C. El tercer aspecto —el aspecto que corresponde al sacerdocio divino— tiene por finalidad salvarnos por completo—7:25:
 1. El hecho de que Cristo sea de la realeza se relaciona con Su posición, pero que Cristo sea divino se relaciona con Su constitución intrínseca, esto es, se relaciona con que Él tenga el elemento necesario que lo constituye como Sumo Sacerdote divino.
 2. La divinidad de Cristo lo constituye como Sumo Sacerdote, el cual es viviente, está lleno de vida y capaz de continuar Su sacerdocio perpetuamente—vs. 17, 24.
 3. El sacerdocio divino es el poder salvador de la vida indestructible; por lo tanto, el sacerdocio divino es la presencia de vida y la ausencia de muerte—v. 16.

III. Cristo es un misericordioso y fiel Sumo Sacerdote—2:17:

- A. Hebreos 1 y 2 revelan que Cristo está plenamente calificado para ser nuestro Sumo Sacerdote:
 1. Él es el Hijo de Dios con la naturaleza divina—1:8.
 2. Él es el Hijo del Hombre con la naturaleza humana—2:6, 9.
 3. Él se encarnó para ser semejante a nosotros—vs. 14, 17.
 4. Él fue tentado, probado—v. 18.
 5. Él padeció la muerte—v. 9.
 6. Él hizo propiciación por nuestros pecados—v. 17.
 7. Él destruyó al diablo—v. 14.
 8. Él nos libró de la esclavitud de la muerte—v. 15.
 9. El produjo muchos hermanos en resurrección a fin de formar la iglesia—vs. 11-12.
 10. Él fue coronado de gloria y de honra en Su exaltación—v. 9.
 11. Él es el Autor, el Capitán de nuestra salvación—v. 10.
 12. Él nos ayuda—v. 16.
- B. Cristo es capaz de ser un misericordioso y fiel Sumo Sacerdote porque Él es tanto el Hijo de Dios con divinidad como el Hijo del Hombre con humanidad:
 1. Que Él sea misericordioso corresponde al hecho de que Él es un hombre.
 2. Que Él sea fiel corresponde al hecho de que Él es Dios.

3. La divinidad y la humanidad de Cristo son tipificadas por el oro y el lino en el efod que llevaba el sumo sacerdote—Éx. 28:6-14; 39:2-7:
 - a. Que el oro y el lino estuvieran entretejidos en el efod tipifica la mezcla de la divinidad con la humanidad realizada en Cristo.
 - b. “Hay una tela en el universo tejida con hilos de oro y de lino y que contiene cinco colores: el amarillo dorado, el blanco puro, el azul, el púrpura y el carmesí. Éste es el efod que el Señor Jesús tiene puesto en la actualidad. Él todavía está vestido con las vestiduras hechas de oro y de lino y con los cinco hermosos colores que expresan Su divinidad, Su humanidad, Su condición celestial y Su condición de rey y Su obra redentora” (*Estudio-vida de Éxodo*, págs. 1331-1332).

IV. Cristo es un gran Sumo Sacerdote—He. 4:14-15:

- A. Cristo, como nuestro Sumo Sacerdote, es grandioso en Su persona, en Su obra y en lo que ha logrado—1:5, 8; 2:6; 1:3; 2:9-10, 14-15, 17; 6:20; 9:24.
- B. Cristo, como nuestro gran Sumo Sacerdote, fue tentado en todo igual que nosotros, pero sin pecado; Él ha traspasado los cielos y se compadece de nuestras debilidades—4:14-15.
- C. Cristo, como nuestro gran Sumo Sacerdote, nos lleva sobre Sí delante de Dios en el Lugar Santísimo—9:24; Éx. 28:9-12, 15-30:
 1. En el Antiguo Testamento el sumo sacerdote tipifica a Cristo como nuestro Sumo Sacerdote.
 2. Siempre que el sumo sacerdote entraba en la presencia de Dios en el Lugar Santísimo, él llevaba sobre sus hombros y en su pecho los nombres de los hijos de Israel delante de Dios—vs. 9-12, 15-30.
 3. Cristo es nuestro misericordioso, fiel y gran Sumo Sacerdote, y nosotros estamos sobre Sus hombros (Su fuerza sustentadora) y en Su corazón (Su amor).
 4. Al llevarnos sobre Sí delante de Dios en el Lugar Santísimo, Cristo ministra al Dios Triuno procesado y consumado en nuestro ser—He. 8:2.
- D. Deberíamos responder al sacerdocio de Cristo al acercarnos confiadamente al trono de la gracia para recibir misericordia y hallar gracia para el oportuno socorro—4:16:
 1. Puesto que hoy en día nuestro espíritu es el lugar donde Dios habita (Ef. 2:22), ahora este espíritu es la puerta al cielo (Gn. 28:12-17), donde Cristo es la escalera que nos une a nosotros, los moradores de la tierra, con el cielo, y nos trae el cielo (Jn. 1:51).
 2. Por lo tanto, cada vez que nos volvemos a nuestro espíritu, pasamos por la puerta del cielo y tocamos el trono de gracia que está en el cielo, por medio de Cristo como la escalera celestial.

V. Aunque Cristo como Sumo Sacerdote cuida de nosotros, todos tenemos nuestro propio pensamiento y sentir con respecto a cómo Él debería cuidar de nosotros; muchas veces no sabemos qué es lo mejor para nosotros o cuál es la razón detrás de ciertas cosas; sólo el Señor como Sumo Sacerdote conoce la razón, y el cuidado que Él nos proporciona siempre es positivo—Ro. 8:28-29:

- A. Cuando el apóstol Pablo oró al Señor pidiendo que le quitase el aguijón (2 Co. 12:7-8), el Señor dijo: “Bástate Mi gracia; porque Mi poder se perfecciona en la debilidad” (v. 9).
- B. En lugar de quitar tal aguijón, el Señor se impartió en Pablo como gracia, capacitando al apóstol para conocer lo precioso y suficiente que Él es.
- C. Esta experiencia de Cristo como nuestro Sumo Sacerdote, que nos lleva sobre Sus hombros y Su pecho y que ministra Dios a nuestro ser, es una experiencia en el Lugar Santísimo, donde disfrutamos a Dios mismo y todas Sus riquezas; esta experiencia de Cristo como nuestro Sumo Sacerdote es la experiencia y el disfrute más elevados.

VI. En última instancia, Cristo como Sumo Sacerdote atiende a las necesidades y los intereses de Dios:

- A. Dios escuchará nuestras oraciones cuando nuestras oraciones a Dios estén dirigidas hacia Cristo, el reino de Dios y la casa de Dios, como la meta de la economía de Dios—1 R. 8:48; Dn. 6:10.
- B. Sin importar por quién estemos orando, nuestras oraciones deben dirigirse a los intereses de Dios, es decir, a Cristo y la iglesia, que son los intereses de Dios sobre la tierra, con miras al cumplimiento de la economía de Dios—Ef. 5:32; 6:17-18.

VII. El ministerio celestial de Cristo como Sumo Sacerdote en ascensión alcanza su consumación en la Nueva Jerusalén, la cual será la mezcla de la divinidad con la humanidad a fin de ser la expansión, el agrandamiento, el aumento y la expresión mismos del Dios Triuno en la humanidad para siempre como máxima meta de la economía de Dios—Ap. 21:2, 9-11.

Extractos de las publicaciones del ministerio:

CRISTO COMO SUMO SACERDOTE TIPIFICADO POR MELQUISEDEC

El Sacerdote del Dios Altísimo

Hebreos 7:1 se refiere a Melquisedec como “sacerdote del Dios Altísimo”. Melquisedec tipifica a Cristo, quien es el Sacerdote del Dios Altísimo. El salmo 110 dice que el Ungido de Dios, el Cristo, es Sacerdote según el orden de Melquisedec (v. 4), un orden que es anterior al de Aarón. Antes que Aarón fuera introducido en el sacerdocio, Melquisedec ya era sacerdote de Dios.

El sacerdocio aarónico tomaba medidas con respecto al pecado, con lo cual atendía a los asuntos relacionados con lo negativo. El ministerio de Melquisedec, por el contrario, tiene un sentido positivo. Melquisedec no vino para quitar el pecado. Él no apareció en escena debido a que Abraham hubiera pecado, sino debido a que Abraham había obtenido la victoria. Melquisedec no apareció con una ofrenda para quitar el pecado, sino que trajo pan y vino para alimentar al vencedor. Casi todos los cristianos consideran a Cristo como el Sumo Sacerdote que se encarga del pecado, pero casi ninguno de ellos presta atención a Cristo como Aquel que es el Sumo Sacerdote según el orden de Melquisedec. Como Sumo Sacerdote según el orden de Melquisedec, Cristo no se encarga del pecado, sino de ministrarnos como nuestro alimento al propio Dios procesado, quien está representado por el pan y por el vino.

Melquisedec apareció después que Abraham obtuvo la victoria. Antes de ello, Melquisedec, un sacerdote de Dios, seguramente intercedía por Abraham; debe de haber sido a causa de tal

intercesión que Abraham pudo aniquilar a los cuatro reyes y obtener la victoria (cfr. Éx. 17:8-13). Hoy en día Cristo, nuestro Sumo Sacerdote, intercede por nosotros de manera escondida (Ro. 8:34b; He. 7:25b) para que seamos Sus vencedores y derrotemos a los enemigos de Dios, de tal modo que mediante nuestra victoria Cristo pueda manifestarse visiblemente en Su segunda venida. En la actualidad todos nosotros debemos hacer eco a la intercesión del Señor. Si nos volvemos a nuestro espíritu y contactamos al Señor, apartando nuestra mirada de nuestro entorno, de nuestros enemigos e incluso de nosotros mismos, haremos eco a Su intercesión, obtendremos la victoria y aniquilaremos a los reyes.

La venida de Melquisedec a Abraham era una indicación de la segunda venida de Cristo. Los que somos los “Abraham” de hoy, ¿qué es lo que hacemos actualmente aquí? Estamos aniquilando a los enemigos. Algunos miembros del pueblo de Dios, al igual que Lot, han sufrido derrota tras derrota. Por la misericordia de Dios, algunos otros deben ser los “Abraham” de hoy que experimenten una victoria tras otra. Debemos aprender la lección básica de que nuestro Dios, Aquel que nos llamó, es el Dueño del cielo y de la tierra. Nosotros vivimos para Él en la tierra y somos Su testimonio. No debemos tolerar ningún perjuicio en contra de los intereses de Dios en la tierra. Cuando nos enteremos de tal clase de perjuicio, debemos derrotar al enemigo y aniquilar a los reyes.

Diariamente debemos aniquilar a algunos reyes. Debemos aniquilar reyes que están en nuestra mente, parte emotiva y voluntad. Debemos aniquilar reyes que están en nuestro entorno, en nuestras familias y en nuestras escuelas. Después que hayamos aniquilado a los reyes, nuestro Melquisedec vendrá a nosotros, se reunirá con nosotros y celebrará nuestra victoria. El Señor no regresará sino hasta que hayamos aniquilado a todos los reyes. Entonces Él regresará y beberá con nosotros del fruto de la vid, tal como lo indicó por Su palabra en Mateo 26:29: “Desde ahora no beberé más de este fruto de la vid, hasta aquel día en que lo beba nuevo con vosotros en el reino de Mi Padre”. Melquisedec intercedió por Lot y Abraham. En la actualidad Cristo, nuestro Sumo Sacerdote, intercede por todos los vencedores. Mientras Él intercede por nosotros en el cielo, nosotros aniquilamos a los reyes en la tierra. Después que los vencedores aniquilen a todos los reyes, nuestro Intercesor —el Sumo Sacerdote del Dios Altísimo— aparecerá, trayéndonos el pleno sabor del Dios procesado.

La venida de Melquisedec significaba que Cristo había venido. Nuestra victoria siempre hace que Cristo sea manifestado. A las personas en nuestro entorno podría serles difícil ver dónde está Cristo; pero si obtenemos la victoria, dicha victoria hará que Cristo sea anunciado a tales personas. Nuestra victoria introducirá a Cristo en nuestro entorno de una manera nueva. Es interesante ver que en el capítulo 14 de Génesis, Melquisedec —cuyo nombre significa rey de justicia y quien era el rey de Salem, que significa rey de paz— aparece de improviso. Esto significa que Cristo será anunciado a las personas y traído a ellas por los vencedores. Un día, toda la tierra habitada será sorprendida por la aparición de Cristo. Las personas que están en el mundo ni siquiera creen que haya un Cristo y califican tal creencia de necedad. Pero después que nosotros hayamos aniquilado a todos los reyes, Cristo aparecerá de improviso. Cristo será hecho manifiesto por medio de que nosotros aniquilemos a los reyes, y entonces el mundo entero será sorprendido por Su venida. Para los vencedores, la segunda aparición de Cristo no será una sorpresa; pero para la gente mundana, esto será una gran sorpresa. Ellos tal vez se pregunten quién es esta Persona, cuál es Su nombre y de dónde viene. Los vencedores podrían responder proclamando que el nombre de esta Persona es Cristo, el verdadero Melquisedec, y que Él viene de los cielos donde ha estado intercediendo por nosotros durante siglos.

La victoria de Abraham en el capítulo 14 no es insignificante. Cuando Melquisedec vino a

Abraham, él no solamente bendijo a Abraham con el Dios Altísimo, Dueño de los cielos y de la tierra (v. 19), sino que también bendijo a Dios por la victoria de Abraham (v. 20). Nuestra victoria siempre hace que nuestro Melquisedec nos conceda Su bendición y que Él bendiga a Dios. Nuestra victoria trae más bendiciones en Cristo, tanto para nosotros como para Dios. Debido a que reúne las cualidades propias de Su divinidad y de Su vida en resurrección, Cristo —como Sumo Sacerdote según el orden de Melquisedec— es capaz de ministrar el Dios procesado con las bendiciones divinas no a los pecadores, sino a quienes combaten por los intereses de Dios, como lo hizo Abraham (vs. 18-20).

Ante la bendición de Melquisedec, Abraham le dio el diezmo de todo, los diezmos de lo mejor del botín (v. 20; He. 7:2, 4). Esto también demuestra la grandeza de Melquisedec. Nuestra victoria obtiene el botín, y la ofrenda de nuestro botín a Cristo siempre proclama la grandeza de Cristo. Sin nuestra victoria, no tendríamos nada que ofrecer a Cristo, y Su grandeza no sería proclamada.

Cuando terminemos de aniquilar a todos los reyes, nuestro Melquisedec se aparecerá ante nosotros. Esa será la segunda venida de Cristo. Cuando Cristo venga, toda la tierra conocerá al Dios Altísimo. Entonces toda la tierra sabrá que Dios es el Dueño de los cielos y de la tierra. La tierra no es poseída por ningún rey, presidente, estadista o político, sino por el Dios Altísimo, el Dueño de los cielos y de la tierra. Este hecho puede ser proclamado a toda la tierra únicamente por medio de que nosotros aniquilemos a los reyes.

El Rey de justicia y el Rey de paz

Según el versículo 2, el nombre Melquisedec significa “rey de justicia”; además, en este versículo se le llama “rey de Salem, esto es, rey de paz”. Como Melquisedec, Cristo no solamente es un Sacerdote, sino también un Rey; por tanto, Él es un Sacerdote real, un Sacerdote regio.

Melquisedec era un rey, y su nombre significa rey de justicia. Conforme a Isaías 32:1, podemos ver que el título *rey de justicia* también se refiere al Señor Jesús. Cristo es el Rey de justicia, el Melquisedec actual. Cristo, como Rey de justicia, hizo que todo estuviese bien con Dios y entre los hombres. Él reconcilió al hombre con Dios y apaciguó a Dios en favor del hombre. La justicia da como resultado la paz (v. 17). Por Su justicia, Cristo produjo el fruto de paz.

Melquisedec era también el rey de Salem, que significa rey de paz, lo cual quiere decir que Cristo también es el Rey de paz (9:6). Cristo, como Rey de paz, hace la paz entre Dios y nosotros por medio de la justicia. En esta paz, Él lleva a cabo el ministerio de Su sacerdocio al ministrarnos a Dios para que lo disfrutemos.

La primera vez que la Biblia se refiere al sacerdocio, nos habla de una persona maravillosa que era el rey de paz. El segundo aspecto de este título suyo es el de rey de justicia. Si no tenemos justicia, no podemos tener paz, debido a que la paz siempre es producto de la justicia. Con Melquisedec vemos tanto la justicia como la paz. Con base en esta justicia y paz, él ministró a Abraham pan y vino. Nuestro fundamento para venir a la mesa del Señor no es lástima ni misericordia, sino la justicia y la paz. Según Romanos 3, 4 y 5, la justicia nos ha sido atribuida, y nosotros hemos sido justificados. Como resultado de ello, disfrutamos de paz. Romanos 3 y 4 nos dan la justicia y la justificación, y Romanos 5 nos da la paz bajo la justicia. Con base en esta justicia y paz, podemos disfrutar el pan y el vino en la mesa del Señor. Aquel que trajo la justicia y la paz es Aquel que nos ministra pan y vino. Él es nuestro Sumo Sacerdote según el orden de Melquisedec.

Ni Aarón ni ninguno de sus descendientes fue alguna vez un rey. Ellos fueron únicamente

sacerdotes. No fueron la tribu de los reyes, sino la tribu de los sacerdotes. La tribu real era la tribu de Judá, y la tribu sacerdotal era la tribu de Leví. Cristo vino de la tribu de Judá (He. 7:13-14); por tanto, no debiéramos ponerlo en la misma categoría de Aarón, pues no pertenece a la tribu de Aarón. Cristo es un Sacerdote real.

Cristo es el Sumo Sacerdote, pero Su estatus es el de un Rey. Al ejercer Su función como Sacerdote, Él es un Rey. Él es el Rey a fin de ser el Sacerdote, por lo cual Su sacerdocio es regio, real (1 P. 2:9). Él combina el reinado con el sacerdocio (Zac. 6:13) con miras al edificio de Dios y para Su gloria. El reinado de Cristo mantiene un orden pacífico mediante la justicia. Este orden pacífico es necesario para el edificio de Dios. La edificación de la casa de Dios tiene lugar en una situación de paz. El sacerdocio de Cristo ministra todo el suministro necesario para el edificio de Dios. En esto Su gloria es manifestada.

Un sacerdote que ofrece sacrificios por lastimosos pecadores no tiene que ser un rey. A fin de ser esta clase de sacerdote no habría necesidad de que dicho sacerdote fuese un rey de justicia ni tampoco un rey de paz. Pero para que el Sumo Sacerdote ministre el propio Dios procesado al combatiente victorioso, Él tiene que ser tanto el Rey de justicia como el Rey de paz.

En Génesis 14:20 Melquisedec dijo: “Bendito sea Dios el Altísimo, / que entregó a tus enemigos en tu mano”. No debiéramos pensar que Abraham era capaz por sí mismo de aniquilar a Quedorlaomer y a los otros reyes, quienes habían capturado a Lot, hijo del hermano de Abraham, y sus propiedades. Según Génesis 14:22, antes que Abraham saliera a combatir en la batalla, él alzó su mano al Dios Altísimo. Esto significa que antes de combatir con aquellos enemigos, Abraham contactó a Dios. Por tanto, no fue Abraham quien aniquiló a los enemigos, sino Dios.

Cuando Abraham alzó su mano a Dios, en aquella situación no había justicia ni paz. No había justicia porque Lot y todas sus propiedades habían sido capturados por los enemigos. No había paz porque los enemigos no habían sido derrotados. Pero al salir a combatir en la batalla, Abraham puso su confianza en Dios. Después que Abraham aniquiló a los enemigos y Melquisedec vino a su encuentro, hubo justicia y paz. Melquisedec, el sacerdote del Dios Altísimo, trajo esta justicia y paz. Como hicimos notar anteriormente, mientras Abraham aniquilaba a Quedorlaomer y a los otros reyes, Melquisedec tenía que haber estado orando. Tiene que haber sido que mediante su intercesión, la justicia y la paz fueron traídas. El Dios Altísimo respondió a las oraciones de Melquisedec y entregó a los enemigos de Abraham en sus manos. Después de esta intercesión y de la victoria de Abraham, apareció Melquisedec.

El Cristo que ministra como Sumo Sacerdote es Aquel que intercede por nosotros. Mientras combatimos durante el día, aniquilando las cosas negativas, Cristo —el Sumo Sacerdote— intercede por nosotros (He. 7:25). Al final del día, cuando hemos finalizado nuestro combate y Él ha finalizado Su intercesión, Él viene a nosotros con pan y vino a fin de tener con nosotros un tiempo deleitoso. Éste es nuestro Sumo Sacerdote. Mientras el vencedor combatía, Melquisedec velaba e intercedía. Él vio la victoria de Abraham y supo cuándo venir a su encuentro con el pan y el vino. El Melquisedec ministrador también tenía que haber sido el sumo sacerdote intercesor. Ésta es la clase de Sumo Sacerdote que actualmente tenemos en Cristo.

Antes de ministrarnos el Dios procesado, nuestro Melquisedec intercede por nosotros, orando para que podamos empuñar nuestra espada y aniquilar a los enemigos. Tenemos que aniquilar el yo, la mente natural, las emociones desordenadas, la voluntad obstinada y otros enemigos. Mientras aniquilamos a los enemigos, Él está intercediendo por nosotros. Después que hayamos finalizado nuestra labor aniquiladora, Él cambiará Su intercesión por Su ministración del pan y del vino. La vida cristiana apropiada consiste en aniquilar a los enemigos

durante el día y disfrutar el ministerio de nuestro Melquisedec con pan y vino al anochecer. Al final de cada día, cuando tal aniquilamiento e intercesión hayan sido logrados, Él y nosotros, nosotros y Él, podremos tener un tiempo deleitoso al disfrutar el pan y el vino en justicia y paz.

Melquisedec era el rey de justicia y el rey de paz. Después que él vino, hubo justicia y paz. Fue en tal ambiente y condición de justicia y paz que Melquisedec ministró pan y vino al vencedor. En la actualidad ocurre lo mismo. Debemos combatir por la justicia, y la justicia resultará en paz. A la postre nuestro ambiente y condición estarán llenos de justicia y paz, y nuestro Melquisedec aparecerá a fin de tener un tiempo disfrutable con nosotros. En esto consiste el ministerio de nuestro Sumo Sacerdote real.

Tenemos justicia y paz, pero la justicia y la paz por sí solas no pueden satisfacernos; necesitamos algo que podamos comer y beber. Necesitamos recibir nuestro suministro diario. Por tanto, con base en la justicia y la paz de Dios, nuestro Melquisedec nos ministra pan y vino para que nosotros comamos y bebamos. Él nos ha redimido y, ahora, Él nos alimenta.

Mientras que el sacerdocio aarónico resuelve el problema del pecado, el sacerdocio real nos ministra a Dios mismo como nuestro disfrute para nuestro diario suministro. Cuando mencionemos a Dios, tenemos que pensar en Él como Aquel que pasó por un proceso y fue impartido en nosotros para ser nuestro suministro diario. No hay mejor adoración a Dios que disfrutarlo a Él como nuestro suministro. Cuanto más comemos y bebemos a Dios, más adoración le rendimos. Comer y beber a Dios es la mejor adoración. La adoración que satisface el deseo del corazón de Dios al máximo consiste en disfrutarlo a Él como nuestro suministro.

Que el hombre tuviera que comer y beber a Dios era la intención original e inicial de Dios en Su plan eterno (Gn. 2:9-10). En el plan eterno de Dios, Dios tenía la intención de impartirse en el hombre a fin de serlo todo para él a fin de que el hombre llegara a ser Su expresión completa. Esta intención puede ser lograda únicamente mediante el sacerdocio real de Cristo, el cual nos ministra al Dios procesado como nuestro suministro diario. Sin embargo, antes que esto fuera logrado, vino el pecado. Por tanto, el problema del pecado tenía que ser resuelto. Pero resolver el problema del pecado no era la manera en que Dios originalmente se había propuesto cumplir Su propósito eterno; más bien, esto fue añadido después debido al ingreso del pecado causado por la caída del hombre. Debido a la caída del hombre, el pecado vino a obstaculizar y dañar el propósito de Dios respecto a que Él ministrara impartiendo en el hombre como su suministro diario. Puesto que Satanás introdujo el pecado para impedir que se lograra el propósito de Dios, el problema del pecado tenía que ser resuelto. Por tanto, había necesidad del sacerdocio aarónico, el cual fue introducido para resolver el problema del pecado. Por medio de esto podemos ver que el sacerdocio aarónico no formaba parte de la intención inicial de Dios, sino que fue añadido después. Muchos cristianos, olvidando las cosas iniciales y concentrándose en lo que fue añadido más tarde, no dan la debida importancia al sacerdocio real y se concentran en el sacerdocio aarónico. El sacerdocio aarónico resuelve el problema del pecado, mientras que el sacerdocio real cumple el propósito eterno de Dios. El sacerdocio aarónico quitó el pecado, y el sacerdocio real trajo a Dios mismo como nuestra gracia. (*La conclusión del Nuevo Testamento*, págs. 3947-3955)

CRISTO EN SU SACERDOCIO DIVINO PUEDE SALVAR POR COMPLETO

Según las Escrituras, hay tres aspectos del sacerdocio: el aspecto del sacerdocio aarónico, el aspecto del sacerdocio real y el aspecto del sacerdocio divino. El aspecto aarónico del sacerdocio tiene por finalidad ofrecer sacrificios a Dios por nuestros pecados. Por tanto, el aspecto aarónico del sacerdocio guarda relación principalmente con la ofrenda por el pecado. El aspecto

real, o regio, del sacerdocio tiene por finalidad ministrarnos al Dios procesado como nuestro suministro de vida. El aspecto divino del sacerdocio tiene por finalidad salvarnos por completo. Por tanto, tenemos tres palabras que describen los tres aspectos del sacerdocio: *ofrendar* para el aspecto aarónico, *ministrar* para el aspecto real y *salvar* para el aspecto divino. Ofrendar resuelve el problema del pecado, ministrar nos imparte al Dios procesado como nuestro suministro diario, y salvar nos rescata por completo. La acción salvadora del sacerdocio divino nos rescata especialmente de la muerte y de todo entorno de muerte.

Ahora debemos considerar por qué es necesario el tercer aspecto del sacerdocio, el sacerdocio divino. Aunque se dio fin al pecado, éste había causado un efecto terrible: la muerte. Según Romanos 5, el fruto del pecado es la muerte (v. 12). No debíamos entender la muerte conforme a la estrecha visión propia de nuestro concepto humano. Según el entendimiento más amplio de lo que es la muerte hallado en la Biblia, la muerte incluye vanidad, corrupción, suspirar, gemir y deterioro. Todo está en proceso de deterioro. Es posible que tengamos un cuerpo fuerte y sano, pero en poco tiempo comienza a deteriorarse. Estos asuntos de la vanidad, la corrupción, la esclavitud, el gemir y el deterioro se hallan plenamente desarrollados y abordados en Romanos 8. En Romanos 5 tenemos el pecado y la muerte; en Romanos 8 tenemos la vanidad, la corrupción, la esclavitud, el gemir y el deterioro. El universo entero ha sido contaminado por la muerte, la cual es el resultado del pecado introducido por medio de Adán, cabeza de la vieja creación. La contaminación procedente de la muerte es la corrupción, la vanidad, el deterioro y el gemir. Romanos 8:22 dice que toda la creación gime. Toda persona gime en lo profundo de su ser. Puesto que las personas desean escapar de este gemir, participan de entretenimientos mundanos. Incluso después de participar desenfrenadamente de tales entretenimientos, ellos descubren que este gemir interno sigue presente. Este gemir es uno de los resultados de la muerte.

Debido a estos productos de la muerte, tenemos necesidad del sacerdocio divino, el cual es la presencia de la vida y la ausencia de la muerte. Él nos salvará de toda nuestra corrupción, vanidad, gemir y deterioro. Cuando las demás personas visiten nuestro hogar, deben encontrar alabanzas, realidad, edificación y crecimiento; no un gemir, ni vanidad, ni corrupción ni deterioro. Ser salvos por completo significa ser salvos de estos productos de la muerte. Esto es más que el salvar propio del Salvador; esto es el salvar propio del sacerdocio divino.

La palabra griega traducida “por completo” en Hebreos 7:25 tiene la misma raíz que la palabra griega que se traduce “perfección”. Por tanto, ser salvos por completo significa ser salvos hasta la perfección. Cristo nos salva introduciéndonos en Su perfección. Ser salvos por completo equivale a ser introducidos en la perfección de Cristo. El Hijo de Dios se encarnó, vivió en la tierra, pasó por la muerte, fue resucitado y ha sido perfeccionado de manera completa para siempre. Esto significa que en Su perfección no hay gemir, vanidad, corrupción, esclavitud ni deterioro. En Cristo, el Hijo de Dios perfeccionado, Aquel que fue resucitado y elevado, no existe tal gemir. Dentro de Él no hay vanidad, esclavitud, corrupción ni deterioro. Él es absolutamente libre de estas cosas. La vanidad, el gemir, el deterioro, la esclavitud y la corrupción son, todos ellos, productos derivados de la muerte. Cristo, el Perfecto, puede salvarnos de todos estos derivados de la muerte e introducirnos en Su perfección. En esto consiste salvar por completo, salvar hasta la perfección. En esto consiste la acción salvadora del sacerdocio divino de Cristo.

Mientras estuvo en la tierra, Cristo resolvió los problemas del pecado y de la muerte. Mientras disfrutamos Su sacerdocio real, participamos del sacerdocio divino que disminuye e incluso sorbe todos los productos derivados de la muerte. Mientras disfrutamos de que Dios mismo sea ministrado a nosotros como Aquel que fue procesado, somos partícipes del sacerdocio

divino que disminuye, elimina y sorbe todos los productos derivados de la muerte tales como la vanidad, la corrupción, la esclavitud, el gemir y el deterioro. De día en día tiene lugar dentro de nuestro ser una disminución, un sorber, de nuestro gemir y de la vanidad en nosotros. Cuanto más participemos del sacerdocio divino de Cristo, menos gemir tendremos. Cuanto más disfrutemos el sacerdocio divino de Cristo, menos suspiraremos y más daremos gritos resonantes. Según Romanos 8, el último paso de la obra de Dios en nosotros consiste en glorificarnos. Ser glorificados equivale a ser íntegramente saturados con el sacerdocio divino. Cuando hayamos sido íntegramente saturados con el sacerdocio divino, eso será nuestra glorificación. Ser glorificados es también ser librados de la vanidad, la corrupción, la esclavitud, el gemir y el deterioro. Éste es exactamente el significado de la glorificación en Romanos 8: la plena filiación, la redención de nuestro cuerpo (v. 23). La redención de nuestro cuerpo consiste en que éste sea transfigurado, dejando atrás la vanidad, la corrupción y el deterioro para entrar en la etapa en la cual es completamente lleno del sacerdocio divino. Eso será nuestra glorificación. Se hace referencia al sacerdocio aarónico en Romanos 3 y 4, al sacerdocio real en Romanos 6 y en la primera parte de Romanos 8, y al sacerdocio divino en el medio y la última parte de Romanos 8. Lo que corresponde a Hebreos 7 no es Romanos 3 o 4; Hebreos 7 tiene una correspondencia en primer lugar con Romanos 6 y con la primera parte de Romanos 8 y, finalmente, Hebreos 7 tiene una correspondencia absoluta con la sección del medio y la última parte de Romanos 8, que abarca la glorificación y nuestra liberación de la vanidad, de la corrupción, de la esclavitud y del deterioro así como nuestra entrada en la libertad de la gloria.

Ahora nos encontramos camino a esta perfección. Estamos en el proceso de ser perfeccionados. Cristo, como nuestro Precursor, ya entró en esa perfección completa, y nosotros también seremos introducidos allí. Seremos salvos por completo. Ser salvos por completo equivale a ser introducidos en la perfección completa de Cristo, donde no hay vanidad, corrupción, esclavitud, gemir, deterioro ni suspirar. El ministerio del sacerdocio divino consiste en salvarnos de este modo.

El sacerdocio real de Cristo tiene por finalidad el ministerio, y Su sacerdocio divino tiene por finalidad salvar. Él puede salvar por completo debido no solamente a que Él es viviente, sino también a que Él es la vida indestructible. Nada puede destruirlo. Aun cuando deseemos de corazón salvar a otros, nosotros podemos ser destruidos y aniquilados fácilmente. Pero Cristo puede salvarnos por completo debido a que Su sacerdocio está conformado por una vida indestructible. Independientemente de la situación o condición en la que nos encontremos, contamos con el sacerdocio divino que nos cuida. Este sacerdocio divino es el poder salvador de la vida indestructible. La obra que realiza el divino Sumo Sacerdote consiste principalmente en salvarnos por completo. El sacerdocio divino está constituido por una vida indestructible; por tanto, puede salvarnos por completo de todos los productos derivados de la muerte e introducirnos en la perfección de Cristo.

Él salva por completo a los que por Él se acercan a Dios (He. 7:25a). Cristo murió por toda la humanidad, pero no todos serán salvos. Esto se debe a que no todos se acercan a Dios por medio de Él. Aunque podamos haber sido salvos en el sentido de haber sido regenerados, todavía tenemos necesidad de más salvación (Ro. 5:10). Si no acudimos a Dios, no podremos recibir Su salvación. Es posible que esté lloviendo, pero una vasija no podrá recibir tal lluvia a menos que tenga la boca abierta hacia los cielos. Asimismo, muchos auténticos cristianos en la actualidad no reciben la salvación de Cristo debido a que no se acercan a Dios. La salvación que Cristo efectúa en Su sacerdocio no alcanzará a quienes no se acerquen a Dios.

A veces podemos ser salvos de nuestro mal genio únicamente hasta cierto grado y no completamente. Tal vez una hermana, al ver que está a punto de enojarse, se vuelva a Cristo; esto

impide que ella se enoje. Ella tal vez haya sido salva de su mal genio, pero no por completo. Si ella hubiera sido salva de su mal genio por completo, estaría regocijándose en el Señor. Por amor al Señor es posible que perdonemos los errores de otros; pero ser salvos al punto de no recordar tales errores equivale a ser salvos por completo. Es posible que perdonemos a otros, pero que todavía recordemos sus errores. Cuando Dios nos perdona, Él olvida (He. 8:12); por tanto, perdonar es olvidar. Si nuestro perdón no equivale a olvidar, no hemos sido salvos por completo. Si verdaderamente hemos perdonado a alguien, también debemos olvidar la ofensa. Es necesario que seamos salvos por completo en lo referente a perdonar a otros y en lo relacionado con nuestros problemas diarios. Cuando venimos a Dios por medio de Cristo, nuestro Sumo Sacerdote, Él nos salva en el poder de Su resurrección (Fil. 3:10) y por la ley del Espíritu de vida (Ro. 8:2). (*La conclusión del Nuevo Testamento*, págs. 3958-3962)